

que se detendría conmovida ante la milagrosa grandeza de sus cuadros; aquella gloria que su inquieta imaginación personificaba en una cabeza de mujer rubia con ojos verdes; éste era su talismán, el zapatito de los cuentos hadados, la varita mágica que le permitía rodar sobre el fango del vicio sin mancharse...

—Mientras mi alma conserve la devoción al arte — decía el pintor —, no habrá pasión que me domine ni mujer que me subyugue...

Porque Claudio, que no era filósofo, ignoraba que el destino quizá sea el pseudónimo de la Providencia.

III

El pintor acudió a la cita de Matilde Landaluce mucho antes de la hora convenida. La iglesia de Chamberí está en la plaza del mismo nombre, entre las calles de Santa Engracia y Habana; al frente tiene una verja no muy alta, y adosados a uno de sus muros varios establecimientos que parecen sostenerse allí a despecho del ornato público, protegidos por la santa casa.

Claudio atravesó la verja y penetró en el templo, huyendo del frío; la iglesia consta de una nave grande y de otras dos laterales muy pequeñas, especie de capillas abiertas: sobre la puerta principal está el órgano y enfrente el altar mayor, separado del resto del templo por una barandilla metálica. Antúnez permaneció un instante junto a la pila del agua bendita, procurando orientarse en aquella semiobscuridad soñolienta; después avanzó y fué a sentarse en la nave central, sobre un banco de encina que crujió sordamente bajo el peso de su cuerpo: en todas partes flotaba algo inquietante que oprimía la garganta

y revoloteaba sobre altares, velándolos en una gasa gris que amortiguaba el resplandor de las luces encendidas; al pie del púlpito había un grupo de mujeres enlutadas murmurando oraciones con un tonillo continuo, monótono, como el zumbido de las abejas; Matilde no estaba allí. En un ángulo había un reloj pequeño, que llamó la atención de Claudio. Aquel reloj mundano trascendía a tocador de dama elegante, y en las iglesias desentonan esos chismes artísticos de bazar: el templo es el símbolo del infinito, de lo eterno, y en la eternidad no se cuentan las horas; la religión la entendía Claudio así, inmóvil, ajena a la marcha del mundo, imperturbable, como el misterio de lo mismo que representa; pues una religión que sujeta la duración de sus prácticas al movimiento de un minuterero, es una farsa ridícula, una especie de función teatral o de fácil pretexto para que desde muy temprano se afeite y engalane la gente dominiguera.

El aspecto de aquel altar mayor bañado en un frío resplandor espectral, y el monótono sonsonte nasal de aquellas devotas que rezaban apresuradamente, como aguijoneadas por el isócrono tic-tac del reloj, disgustaron a Claudio, que levantó la cabeza buscando en las alturas de la nave algo que le distrajese de esa repugnante devoción que se arrastraba de hinojos por el suelo; y lo halló: eran unos frescos de Taberner, iluminados por la lechosa claridad que inundaba la bóveda. El primero representaba una matrona hermosísima, adornada con una corona de oro y un velo blanco que el viento agitaba; a sus pies y voluptuosamente reclinado sobre una nube, había un ángel con las alas negras extendidas y un rostro seductor de mujer rubia. Aquellas dos figuras que conservaban, a pesar de los esfuerzos que

hizo el artista para divinizarlas, la fuerza sugestiva de la carne joven, cautivaron la atención de Claudio; el pintor vencía al hombre, y hubo momentos en que, fascinado por su devoción al arte, olvidó el templo y el poco piadoso fin que allí le condujo. Las dos creaciones de Taberner tenían una belleza triunfante, sobre todo aquel angelote de alas negras y cabeza de mujer rubia, en cuyos rasgos, Antúnez creyó sorprender un vago parecido con los de su idolatrado ideal de ojos verdes. Después había un segundo grupo, formado por un viejo mendigo y una mujer de lujuriantes caderas; más allá otro ángel alargaba el brazo mostrándole el camino del cielo a una monja; luego aparecía un seráfico personaje de alas blancas, y en último término y ya sobre el altar mayor, el Espíritu Santo en forma de paloma.

Pero lo que continuaba atrayendo la atención de Claudio, era el primer grupo: la matrona morena, resplandeciente de oro, y el serafín con alas negras y rostro de mujer pecadora, que más parecía una de aquellas bacantes que danzaban cogidas del talle y con las frentes coronadas de pámpanos en torno del regocijado Sileno, que un espíritu del paraíso cristiano: indudablemente en aquella sugestión artística que el modesto mérito de las figuras no explicaba, intervenía como factor principal el estado psicológico de Antúnez, pues los ojos verdes eran para su ideal lo que las alas negras para el angelote de Taberner: el hábito del infierno, el sello del pecado, que sin caer en las profundidades del abismo, no acaba, sin embargo, de redimirse.

Al fin, cansado de su actitud, se puso de pie y por entretenerse penetró en la capilla de la derecha, dirigiéndose luego hacia el altar mayor. A ambos lados de éste aparecían dos gigantescos santos de cartón, y al fondo los retratos de los

cuatro evangelistas: Marcos, Lucas, Juan y Mateo; estas figuras, obras también de Taberner, tenían una expresión grotesca que abogaba bien poco en favor del artista. En la capilla de la izquierda había tres altares, y en uno de ellos un Crucifijo, a cuyos pies una Virgen pequeña, feísima, juntaba las manos con exagerada afectación teatral. Antúnez contempló asombrado el crimen estético que aquel Cristo representaba: era una imagen ridícula, con las piernas excesivamente delgadas y salientes, y una cadera deforme, como dislocada, bofetón sacrilego dado al Redentor por un escultor chapucero. El primer movimiento de Claudio fué de indignación; luego, aquel semblante enflaquecido y aquellos ojos que parecían cerrarse de debilidad o de sueño, que no de sufrimiento, como procuró expresar, sin conseguirlo, la inexperta mano del artífice, excitaron su hilaridad, y según le miraba, sus deseos de reír aumentaban: aquel Cristo, huérfano de divinidad, moría de fatiga, de hambre...

Y a su memoria acudió un saladísimo cuento andaluz...

...Era un gitano vendedor de arencones que, orgulloso de la frescura y buena estampa de los que llevaba en su banasta, salió una mañana de agosto pregonando por las calles de Cádiz:— ¡Arencones a dos reales; a dos reales arencones...! Mas viendo que la tarde se echaba encima y que los compradores no acudían, decidió abaratar su mercancía:— ¡Arencones a cuarenta céntimos, a cuarenta céntimos arencones!... También esta vez sus esperanzas quedaron fallidas; y entretanto el sol, un sol insoportable que reblandecía el asfalto de las aceras, iba estropeándole la pesca. Entonces, desesperado, resuelto a vender aun a trueque de perjudicar los intereses de sus compañeros de oficio, lanzó al aire un pre-

gón irresistible, de comerciante que se ha vuelto loco: — ¡Arencones a real; hoy sí que van buenos; a real arencones, a realito, a realito van hoy!... Y continuaba recorriendo calles y plazas inundadas de sol, parándose en las esquinas, mirando a los balcones cerrados y voceando siempre. — ¡Arencones a real; a real arencones!... Al cabo el pobrete tuvo que rendirse; tenía la cabeza ardiendo, la garganta y los pulmones destrozados de tanto gritar, las piernas doloridas; para colmo de desventuras, el pescado empezaba a oler mal y esto concluyó de oprimirle el corazón: furioso, harto de tan largo como inútil trabajo, abrasado de calor, muerto de fatiga, entró, en una iglesia a reposar aquellas horas de siesta, que eran las peores, y sentóse en el suelo, con la espalda apoyada en el muro para mejor sentir la frialdad de la piedra; y al levantar la vista hallóse a los pies de un Crucifijo tan triste, tan escuálido, con un rostro tal de desmayo, que asociando las penas del Cristo con su pesadumbre, e interpretando aquel dolor por el suyo, exclamó, meneando compasivamente la cabeza: — ¡Ay, Señor!... ¡Parece que tú también has vendido arencones como yo!...

Pues bien: para Claudio Antúnez, el Cristo lacio y desmedrado de la iglesia de Chamberí se parecía al Cristo de los arencones. En estas imaginaciones estaba cuando sintió que le tocaban ligeramente en la espalda; volvióse, y...

—Buenas tardes—dijo Matilde—; ¿le hice esperar mucho?

—Una mujer como usted—repuso Claudio con galante familiaridad—, siempre tarda; que el deseo con que se la espera es muy grande, y el tiempo se mide por la impaciencia del que aguarda.

Ella inclinó la cabeza y sonrió: iba vestida como la tarde en que se conocieron: con su falda

color azul marino, con sus guantes negros, su capita de piel con cuello Médicis y su capotita sembrada de plumas.

—¿Me permite usted rezar?... — dijo—; desde pequeña tengo ribetes de devota, y las devotas somos intransigentes...

Y se arrodilló, y después de persignarse se puso a orar ante aquel Cristo grotesco que Claudio había bautizado mentalmente con el nombre de *Cristo de los arencones*.

Antúnez se había recostado contra uno de los pilares medianeros y meditaba. Entonces bullía en su cerebro una caótica confusión de ideas, y tan pronto se acordaba de su ideal de ojos verdes y del serafín de Taberner suspendido en las alturas del templo, como de su flamante conquista, aquella mujercita tan puntual en acudir a una cita concertada rápidamente cuarenta y ocho horas antes; tan pequeña, tan amable, tan despreocupada, que seguía rezando con el ahinco de una devota rutinaria. Matilde estaba de rodillas, las manos cruzadas y la cabeza erguida: en aquella posición, la luz irradiada por los cirios del altar, iluminaba su semblante; con sus ojos grandes, su nariz fina y levantada; su boca entreabierta, su rostro pálido de morena nerviosa. Antúnez contrajo los párpados y la visión se precisó, anegándose el templo en un océano de betún, sobre el cual resaltaba únicamente aquel semblante de mujer, expresivo en medio de su inmovilidad, codiciable a pesar de su místico arrobamiento, y que aparecía bañado por la moribunda luz que alumbraba la escuálida silueta del Cristo en su primer desmayo; era una mancha blanca, un rostro perdido entre tinieblas, como los que surgen en los cuadros del trágico Ribera, de una noche sin fin; un ángel de luz aleteando

en el seno de la eternidad fría y muda como esperando un soplo de divina redención.

De pronto el encanto se deshizo y la realidad derrotó al vértigo; Claudio abrió los ojos y dió algunos pasos para entrar en posesión de sí mismo; el mundo de las leyendas huía y quedaba la iglesia silenciosa, desierta, con sus paredes desnudas, su puñado de devotas rezadoras, sus altares miserables y su Cristo de los arencones, reventando de ridiculez...

El movimiento del pintor debió de traducirlo Matilde como un gesto de impaciencia, porque se levantó en seguida.

—Usted dispense — exclamó—; le he hecho esperar mucho, pero... quería pedirle perdón a Dios por el delito que he cometido citándole a usted aquí.

Llegaron a la puerta, y ella, que había mojado sus dedos con agua bendita, se los alargó a Antúnez.

—Tome usted — dijo sencillamente: y pasó delante.

El pintor aceptó con embarazo el piadoso ofrecimiento; pero luego, distraído, se limpió los dedos disimuladamente en los pliegues de su capa.

—Pues me alegro de haber merecido de usted o de la casualidad esta preferencia — dijo Claudio reanudando la conversación interrumpida—, pues habiendo tenido a Dios por testigo de nuestra entrevista, estos amores no pueden concluir mal.

—¿Quién sabe?... Lo más fácil es que no empiecen; no vaya usted a creer que estamos componiendo el primer capítulo de una novela; yo, por mi parte, no me siento con ánimos para echar sobre mis hombros el difícil papel de protagonista, que naturalmente me correspondería, y usted... tiene demasiado mundo para apечugar

con el de primer galán. Estas comedias de la vida dan mucho trabajo y un placer muy discutible...

Hablaba de prisa y sin tartamudeos, sonriente, poniendo en la expresión de los ojos y en la vivacidad de los gestos con que subrayaba sus frases, animación indecible y fascinante. Bajaban la calle de Santa Engracia y Claudio propuso entrar en un café.

—Bien, vamos a donde usted quiera — repuso ella—; decididamente, me arrastra usted a las mayores locuras; porque, conste que esto no lo he hecho con nadie...

Entraron y fueron a sentarse en un ángulo, buscando la sombra discreta; a sus oídos llegaban las voces de varios parroquianos que jugaban al dominó y el ruido seco de las fichas chocando contra el mármol de la mesa; la atmósfera del local era tibia y el diván cómodo; el café que acababan de servirles humeaba en los vasos.

Claudio, animado por la novedad de la aventura y deseoso de hacerse simpático, hablaba con el enérgico acento de los hombres sinceros. Matilde le escuchaba atenta y después respondía vivamente, como mujer que estando segura de su ingenio y de la solidez de sus argumentos, no piensa rendirse. Poco a poco la verbosidad de Antúnez fué decayendo, y conforme el pintor perdía terreno, ella lo ganaba, tornándose más insinuante y más expresiva. Claudio, allá en sus profundos se desesperaba, maldiciendo de su torpeza, pues no podía dominar la conversación; ella era la directora, y él, pese a sus pretensiones de hombre corrido, tenía que limitarse a representar un modesto papel secundario en tan difícil concertante amoroso.

Al principio oyó a su interlocutora con gusto, después, mortificado por aquel lenguaje subyu-

gador, quiso rechazar el encanto, mas no pudo, y acabó por escucharla embelesado. Matilde Landaluce era una magna poseedora del secreto que los grandes oradores tienen para convencer; cuando hablaba, lo mismo que cuando reía, ponía en juego los músculos de su movable semblante con tal precisión y tan diabólico gracejo, que todos charlaban o reían a la vez; era una concurrencia de ademanes, de gestos, de miradas y de palabras, irresistible, magnético, que fascinaba y enloquecía; era el suyo un carácter de polemista sugestivo, un espíritu que asomaba a sus ojos y moraba con ellos, y jugueteaba en sus labios y estremecía sus facciones y agitaba sus gráciles manecitas enguantadas. Tenía la palabra fácil, la pronunciación correcta, sin afectaciones ridículas ni dejos andaluces; la voz bien timbrada y de un eco extraño que inspiraba alegría; la concepción pronta y graciosa; y discurrendo así, hablando tan bien, sonriendo tan a tiempo, accionando con tanta oportunidad, completando con un desmayo de la mirada o un mohín de la boca, lo que no quería decir francamente, con una facundia prodigiosa que la permitía charlar sin agotarse y un tanto especial para escoger asuntos, aquella mujercita tan pequeña, sin haber nacido en la púrpura, ni ser una académica decidora de perlas, revelaba un ingenio, una distinción y un arte mundano por todo extremo peligrosos. Según Claudio Antúnez se admiraba, ella crecía y tocaba a las nubes; ella era la voz dominante, la inteligencia fascinante, el acento cariñoso que penetra oídos adentro hasta enseñorearse del auditorio; y él era el público, juguete de la travesura del orador.

Mientras la joven hablaba y reía, interrumpiéndose a ratos para beber un sorbo de café y proseguir riendo y hablando, Claudio la exami-

naba con prolijo detenimiento; y entonces advirtió su desparpajo, el aplomo que tenían sus palabras y sus actitudes y la facilidad con que accedió a otorgarle una entrevista, y súbitamente experimentó una explosión celosa, que en circunstancias tales era pueril y ridícula; Matilde, entretanto hablaba sin afectación; pero sin incurrir tampoco en lugares comunes, y hablaba siempre, cual si la conversación fuera un fuego sagrado que importase conservar.

Entonces se defendía atacando al pintor y demostrándole que todo cuanto entre ellos acababa de suceder era asunto de gorja y pasatiempo.

—Usted — agregó formalizándose y como deseando terminar la entrevista—, es un hombre a quien los romanticismos de la vida no cuadran bien, y yo tengo muchos años para creer que haya nadie capaz de morir por mí.

—¿Que tiene usted muchos años?

—¡Vaya...! en una sociedad que vive tan de prisa como la nuestra, casi puedo ser una abuelita. Tengo veintisiete... Y acaso — agregó riendo — usted me creía más joven y este descubrimiento hiere mortalmente el amor eterno con que hace un momento me convidaba.

—Ni yo lo he pensado, ni usted puede creerlo — repuso el pintor—, pues tan absurdo es enamorarse de una mujer por el número de sus años, como por la sonoridad de su apellido: pero confieso que representa usted menos edad; juzgándola por su estatura y por lo infantil de sus movimientos, es usted una niña con redondeces precoces; ahora, oyéndola hablar, ya es diferente.

Charlaron mucho.

—Sea como fuere — añadió Matilde—, ésta será, seguramente, nuestra última calaverada. Porque, créame... usted y yo no podemos amar-nos.

33979

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Cómo? — preguntó cándidamente Claudio.
—Porque... es imposible; sería necesario un milagro, y Dios está cansado de hacerlos.

—Y esa imposibilidad, ¿constituye un secreto?

—Sí, un secreto.

—¿Indescifrable?

—¡Quién sabe! — murmuró distraída.

Hubo una pausa divinizada por algo misterioso y solemne. Se había quedado seria; luego sus facciones palidieron y sus ojos se empañaron con el velo acuoso, brillante, de los que lloran por dentro. Claudio, emocionado, no pudo contenerse y exclamó cogiéndola una mano:

—¡Lloras!... ¿Y por qué...?

Había tanto cariño, tanto interés en aquella pregunta que formuló familiarmente, sin acordarse del respetuoso tratamiento que la costumbre establecida entre ambos, que Matilde rompió a llorar.

—Sí, lloro — murmuró —; dispéñeme usted.

Claudio Antúnez no concebía que las pasiones pudieran fingirse y aquellas lágrimas le abrumaron.

—Pero, ¿por qué, por qué...?

—Porque no puedo querer a nadie.

—¡No entiendo...!

—Porque... soy casada... Y el matrimonio es una errata incorregible del poema de la vida...

El pintor ya esperaba esta respuesta y añadió desdenando el insulto que envolvía su pregunta.

—¿Y qué...? Me lo dijiste... pero, ése no es un obstáculo insuperable.

—Sí, sí lo es — murmuró ella bajando la voz —; una mujer que delira por su amante, no puede soportar las caricias de su marido...

Antúnez no respondió y las palabras de la inconsolable quedaron flotando en el aire, graves, solemnes, rindiéndole bajo el peso de su verdad.

Desde aquel instante la conversación fué menos alegre, pero más expresiva; un secreto dolor les hermanaba.

Cuando salieron del café eran más de las cinco, y tornaron a subir la calle de Santa Engracia en dirección a la plaza de Chamberí. Matilde iba seria, ensimismada, la cabecita escondida en el empinado cuello Médicis de su capa; él medio embozado, con el sombrero echado sobre las cejas y aquel contoneo firme y airoso de macho potente.

—¿Y él, está en Madrid? — preguntó Claudio.

—Sí; vivo con él y con mi madre.

—Pues mira, cuando me acerqué a tí no pensé en tu estado, y ahora que lo conozco y te quiero, me importa menos... Tú me querrás también, ¿no es cierto...? Dilo mirándome a la cara...

Había empezado a tutearla y ella le oía sin protestar, halagada por aquella ardiente explosión de ternura que sus lágrimas habían provocado.

—Lo que usted propone — repuso — es el suicidio, y a la muerte no se la reta tan de ligero; yo creo que los suicidas, antes de matarse, lo piensan mucho...

—¿Cuándo te casaste?

—Hace dos años.

—¿Le querías...?

Ella vaciló, pero apremiada por la insinuante mirada de Claudio, replicó titubeando:

—¡Qué sé yo...! ¡Tal vez...!

Llegaron a la plaza de Chamberí y torcieron a la derecha, por la calle del Cisne. La tarde era serena y el aire, aunque frío, seco; a un lado aparecía la chimenea renegrida de una fábrica de aserrar maderas, cuyos motores trajinaban con un ronceo y prolongado gruñido de trueno, y, limitando las aceras, un convento de monjas y va-

rias casitas de modesto aspecto: al fondo del paisaje y entre los árboles de la calle de Almagro y de la Castellana, blanqueaban multitud de hoteles; aquél era el Madrid rico que vive de sus rentas, abofeteando a la miseria, con el insultante esplendor de sus millones: a la izquierda había una gran extensión de terreno desigual, pedregoso, sembrado de casuchas miserables, y a través de aquel campo, Claudio y Matilde continuaron su marcha un poco más unidos, porque el frío les obligaba a estrecharse. Todo aquello era triste y árido; el arrabal extremo de una ciudad dormida bajo el cielo blanquecino de una tarde invernosa.

Matilde empezó a hablar tranquilamente, con un tono familiar que daba singulares encantos a sus palabras; era la confesión explícita de una mujer talentosa que, repentinamente, sobrecogida por el paisaje y la soledad del sitio, abre el arca secreta de sus recuerdos.

—Prescindamos de mi niñez — dijo —: ¿para qué...? la historia de los chicos es una cadena de inocentes nimiedades que sólo a sus abuelos interesa: hablemos del presente que nos preocupa, porque es lo que nos separa.

Diciendo esto le miraba fijamente, procurando leer con sus grandes ojos habladores los pensamientos del pintor.

—Yo habito — continuó — el hotelito que usted conoce; lo compré pocos meses después de casarme, allí vivo con mi marido y mi madre; tengo también dos hermanas casadas, Juana y María del Carmen: ésa es mi familia... todas son buenas y si yo no soy del todo virtuosa es porque me falta mucho para ser feliz: además tengo muchos nervios, una sensibilidad enferma, una imaginación ardiente que me arrastra más allá del deber... Y aunque parece que mi carácter es entero,

sé que la voluntad es mi facultad más débil... ¡He sufrido tanto...!

Detúvose un instante para suspirar, y prosiguió.

—A mi esposo le conocí de un modo bien original: un joven, amigo íntimo de mis padres, nos le presentó y mi familia accedió en seguida al matrimonio.

—¡Caso tan extraño! — exclamó Antúnez —; no comprendo que ese individuo, siendo mozo, se metiese a corchete de voluntades; yo, en su puesto, me hubiera casado contigo, si tan buena me parecías.

—En todo esto mediaron circunstancias extraordinarias; el que hoy es mi marido vivía entonces en Cuba; cuando nos conocimos personalmente hacía ya seis años que estábamos casados por poder.

Cruzando la plaza de Isabel la Católica continuaron el paseo por el camino que conduce al vecino pueblo de Chamartín, y que en aquella parte corre encajonado entre los antiguos desmontes del Palacio de la Exposición y la cerca del Hipódromo.

El pintor había recobrado su apasionada verbosidad; Matilde, seducida por el verídico acento que vivificaba aquel canto de amor, acertaba el paso poseída de orientalesca languidez, y Claudio la oprimía el brazo mientras hablaba: un bracito pequeñín, regordete, cuya carne vibraba bajo la tela del vestido... Y él nunca pensó que hubiese tanta poesía en las sacudidas del amor carnal, ni soñado nada tan artístico ni más refinadamente conmovedor, como el abandono fortuito de una mujer en medio del campo, a la puesta del sol, esa hora de plácido sosiego que precede a la noche, sumo pontífice del reposo y del deleite universal.

—Y... ¡quiero serle a usted enteramente franca! — exclamó Matilde.

—Serme — rectificó el pintor—; hemos convenido en tutearnos.

—Bien, serte, ¿qué importa?

Y se detuvo aún, temiendo estropear alguna ilusión revelando algún secreto.

—Yo — añadió — soy viuda...

—¡Viuda, tú...!

—Sí, y el hombre que dispuso mi segundo matrimonio fué mi primer esposo. Eran íntimos amigos y el superviviente quedó encargado de velar por mí; fué una boda insípida que salía de un sepulcro abierto. Yo, en ella, no intervine para nada; fui el instrumento, el eje sobre que giró una maquiavélica combinación de afectos interesados: mi familia lo arregló todo.

Diciendo esto le miraba, sondeándole: Claudio, aturdido, se encogió de hombros, sin responder. Pasadas las casetas del resguardo, necesitaron echarse a un lado del camino para dejar franco el paso a un coche que dos caballos arrastraban: el auriga iba en el pescante envuelto en una esclavina de pieles, con esa tiesura de los criados aristócratas; el interior del vehículo, que huía rápidamente levantando una liviana nube de polvo, lo ocupaban un hombre y una mujer; el coche atravesó el puentecillo tendido sobre el Canal de Lozoya, y los caballos atacaron al trote largo la cuesta que tiene allí el camino, desapareciendo después tras un grupo de árboles.

La campiña ofrecía un triste paisaje: a la izquierda, y en un extenso declive, aparecían varias casitas de arcilla y ladrillos; más allá estaba el barrio de Cuatro-Caminos, esbozándose sobre el fondo blanquecino del cielo; a la derecha se extendía un terreno inculto, yermo, y cerrando el horizonte el Canal de Lozoya, recortando una larga curva

ondulante entre dos filas de árboles escuetos. Cuando llegaron al Canal torcieron a la izquierda, bordeándolo. La tarde declinaba rápidamente; de los campos desiertos ascendía una oleada de tristeza que aumentaba los tintes melancólicos del cielo encapotado; aquella naturaleza muerta, sin ruidos y sin luces, reposando bajo las flotantes gasas de una neblina naciente, parecía un paréntesis de la vida, un inmenso templo abandonado.

—Voy fatigada — dijo Matilde—; ¿vamos a descansar un momento...?

El sitio donde se hallaban era demasiado alto, y buscando algún abrigo descendieron a una hondonada, acomodándose en el borde de un arroyo seco, entre un grupo de árboles desnudos. A la izquierda, y en el límite más lejano del cauce, había una casucha miserable, con cobertizo en la parte trasera; y junto a ellos, tres arcos muy bajitos de piedra, sobre los cuales corrían las aguas de Lozoya; aquel sitio, que en verano sería delicioso, parecía en invierno y a tales horas, el esqueleto de la dicha.

Claudio Antúnez se sentó muy cerca de Matilde y la rodeó la cintura con un brazo, sin que ella hiciese ningún movimiento hostil. Estaba rígida, con los piecitos muy recatados bajo las faldas, como temerosa de ofrecer al deseo un pretexto para estallar; y Antúnez a su lado, envolviéndola con sus palabras en una atmósfera de horno. En esta conversación el pintor agotaba los recursos de su oratoria, refiriendo conmovido episodios diversos de su juventud: sus afanes de artista que empieza a conquistar una reputación, la necia historia de los amores mundanos, de los besos que no sacian; su sed de ideal, de un cariño que ocupase toda su vida y al cual prometía ser fiel eternamente; su amada platónica, la mujer de ojos verdes que le consolaba en sus horas in-

terminables de nostalgia... Y narrando aquellos combates íntimos, Claudio la cortejaba diciendo que ella sería la fuente, siempre fresca, de su inspiración; y también su contento, su sostén en los momentos de cruel desmayo.

—Ya que nos hemos conocido, amémonos—decía el pintor—, yo no pretendo conocer tu historia; sólo anhelo tu presente y tu porvenir, que embellecerá el mío si seguimos juntos. Tú, Matilde, eres buena; pero ese hombre es tu perdición, el cerebro de coreho que con su ineptitud te empuja al abismo...

Ella callaba y languidecía.

—Yo — continuó Antúnez — tengo corazón, pasiones vírgenes que me escandecen, y no te dejaré morir en el océano de vulgaridad donde hoy te ahogas; no tendré para ti esas ridículas atenciones que tanto placen a las mujeres frívolas, pero sí arrebatos que calmarán tu anhelo de niña que quiere ser amada hasta la perdición. En ti compendiaré todos mis afectos: tú serás mi madre, mi mejor amigo, el sol fecundador de mi cerebro, la musa inspiradora de mis mejores cuadros, la querida de carnes lujuriantes que substituirá a mi helada quimera de ojos verdes...

La joven languidecía y él continuó hablando. Después, sin poder dominarse más, la cogió por el cuello y la besó en la boca; una vez, dos, muchas con ardor de macho encelado: ella, al principio, se defendió con arrulladoras protestas de hembra que quiere ser poseída, y al fin, se abandonó... Allí fué; junto a aquellos arcos de piedra por donde pasa el Canal de Lozoya, en el fondo de aquel grupo de árboles desnudos, bajo aquel cielo blancuzco, de invierno, que iba envolviendo los campos en un velo de brumas... Claudio Antúnez, en el apogeo de su delirio, cogió a Matilde por el talle, aupándola entre sus brazos; pare-

cía con su elevada estatura y sus hombros de titán, un Hércules jugando con una figurita de porcelana de Sévres.

Así empezaron sus amores, de golpe, como acontece en los corazones acostumbrados a querer y que no sacrifican el deleite al pudor: Matilde Landaluze, dejándose vencer, rindió al pintor; ella era el destino y Claudio seguiría encadenado a su amor, como Ixión a la rueda de su tormento.

IV

Aquella caída inicial provocó otras muchas; las primeras ocurrieron en el mismo sitio: en el cauce del arroyo seco, junto a los arcos de piedra, a la puesta del sol, sobre el suelo húmedo; aquél era su tálamo, su dosel, el cielo infinito; allí, abandonados a los libres impulsos de su pasión, abrazándose mientras hablaban y arrebatándose los besos de la boca, fantaseando y riendo, y enfadándose para reconciliarse en seguida, parecían dos figuras de la poesía clásica, dos pastores de Arcadia forzados por la necesidad a vestir a la europea, pero que conservaban su amor a la libertad y a las campiñas solitarias.

Después, aquel sitio donde siempre se reunían con zozobra, temerosos de que el ojo avizor de algún guardia les sorprendiese, empezó a serles molesto, y entonces Claudio se acordó de Antonia Carrasco, una amiga complaciente y sufrida, cuya casa le servía desde antiguo para centro de sus devaneos y trapisondas.

Era la tal, una viejecilla enjuta y avellanada, tan seca y mal perfilada de rostro como tacaña de cuerpo, y con pies y manos de muñeca; sólo conservaba de su antigua belleza, que debió de